

Problemas en el paraíso.

Del fin de la historia al fin del capitalismo

SLAVOJ ŽIŽEK



Muchos¹ críticos del capitalismo actual podrían pensar que el paraíso al que hace referencia el título del presente volumen es una especie de paraíso perdido, una suerte de utopía del neoliberalismo frustrada por factores ajenos a las leyes de los mercados. Nada más lejos de la intención del autor, puesto que, en realidad, utiliza el sustantivo de un modo un tanto irónico. En concreto nos señala que es “el paraíso del Fin de la Historia (tal como lo elaboró Francis Fukuyama: el capitalismo democrático y liberal como el mejor orden social posible)” (p. 13). La ironía reside en que el mundo que ha creado el capitalismo se ha revelado como un paraíso ficticio que se encuentra únicamente en las cuentas de pér-

didas y ganancias de algunas grandes corporaciones. Ahora bien, dado que en la base de nuestra cultura occidental se encuentra la necesidad de dar una justificar

¹ Querría mostrar mi agradecimiento al profesor Ramón del Castillo (UNED) por la invitación a esta lectura, así como por las sugerencias al texto.

racionalmente lo que ella misma es, estas políticas necesitan un soporte ideológico con el que explicar las contradicciones que generan; eso es precisamente lo que pretende investigar este texto de Slavoj Žižek en cuatro pasos y un epílogo.

En el primero de ellos, denominado *diagnosis*, se nos presentan las coordenadas generales del sistema capitalista global. Como no sorprenderá a nadie que conozca al autor, el enfoque que toma el filósofo esloveno es abiertamente marxista, al centrarse en los antagonismos que propicia la acumulación de capital. Un ejemplo, de máxima actualidad en nuestro país, es el análisis de la necesidad del capital de una tasa alta de desempleo. En efecto, tal como ilustró Steinbeck en *Las uvas de la ira*, las grandes masas de obreros desempleados con grandes necesidades materiales, generan una competencia a la baja en los salarios. A mayor número de desempleados, mayor gente dispuesta a realizar el trabajo por un salario menor (“mejor esto que nada”). De este modo, no sólo se encuentran explotados los trabajadores y trabajadoras que en el proceso de producción engordan los beneficios del capitalista gracias a la plusvalía de su trabajo, sino que también están explotados los que se encuentran fuera del mercado laboral. Visto a escala mundial, ocurre lo mismo con los países periféricos, obligados por los “mercados internacionales” y por las exigencias de organismos internacionales como el FMI, el Banco Mundial y la UE, a políticas económicas de reducción del gasto público, de desmantelamiento del estado del bienestar, apertura a los mercados exteriores, etc. (p. 41).

La broma de mal gusto se entiende cuando comparamos el sometimiento de los trabajadores y de los países periféricos con la libertad en la que se supone que se cimienta el capitalismo globalizado. ¿Qué libertad de elección puede tener un desempleado de larga duración con familia? ¿Y un país ahogado por la deuda externa sin posibilidad de financiarse exclusivamente por sí mismo? Dicho esto, hay que reconocer que a nadie le interesa que un esclavo se le muera, dejarlo morir de inanición es una decisión irracional, incluso desde un punto de vista económico. Es mucho más inteligente ligar su existencia al concepto de deuda, así se prolonga *ad infinitum* la dominación sobre él. Surge así el modo de vida caracterizado por el ser-para-la-deuda, como una nueva ontología (de ahí el chiste heideggeriano) donde el trabajador se convierte en individuo endeudado, el consumidor en consumidor endeudado, los ciudadanos en ciudadanos endeudados... No es sólo una dimensión económica la del ser-para-la-deuda, sino, además, una actitud moral que se le exige al deudor (p. 55 ss.). No basta con generar una plusvalía para un tercero, hay que mostrar autocrítica asumiendo que cualquier fracaso (impago, pérdida de trabajo, etc.) es un fracaso propio, nunca del sistema. Esa es la idea, culpar al propio esclavo de su situación de indigencia, puesto que cualquiera, teniendo en cuenta que todo el mundo goza de “libertad de elección”, puede dejar

de ser esclavo para convertirse en su propio Amo, es decir, en empresario. Así se cuadra el círculo.

Hasta aquí Žižek ha expuesto qué ocurre en el capitalismo actual. En el segundo paso, la *cardiognosis*, nos ofrece una disección de su corazón, es decir, de su ideología. Ésta tiene un aspecto legal, es decir, de imposición exterior que coarta nuestra capacidad de decidir en libertad. Pero es mucho más complejo que todo esto, porque, en realidad, esta ley tiene dos caras: la que nos prohíbe algo taxativamente (“no hagas esto”) y la oscura, que es el envés obscuro de la misma (p. 101 ss.). Este oscuro reverso de la ley nos impele a transgredir lo que la cara más clara, la de la orden directa y concreta, nos dicta. Para aclarar esta cara oscura de la ley, Žižek nos remite a Freud y, en concreto, al concepto de “necesidad de castigo” (*Strafbedurfnis*). Según el psicoanalista austríaco, esta necesidad es la que nos lleva a infringir las normas dando forma de este modo a la matriz básica de socialización: por un lado, estamos obligados a cumplir las normas, pero por otro, dada la *Strafbedurfnis*, necesitamos transgredirla. Por eso somos, hagamos lo que hagamos, culpables y, estaremos, de un modo o de otro, sometidos al imperio de la ley. Esto es lo que el esloveno denomina “matriz básica de socialización” (p. 101). Pero aquí cabe hacer una puntualización importante respecto a nuestra relación con la ley (también denominada superego, Otro, etc.), y es que, si bien es el pegamento cruel que nos ata a la sociedad (su matriz básica), también es la que nos define como individuos. Si el superego constara sólo de la fase taxativa, sería así, pero, al empujarnos a transgredir sus órdenes, nos da amplio margen de maniobra para definimos en ese proceso. Todo este entramado oculta la verdadera violencia de la ley que nos ata por activa o por pasiva y, y nos hace sentirnos culpables; esta culpabilidad tiene como finalidad que nos perdamos en interminables exámenes de conciencia, evitando pensar en cuestiones globales mucho más determinantes (p. 105). Esa es la utilidad y el sentido de la ideología actual según Žižek.

Ante este negro panorama podríamos preguntarnos con Kant, ¿qué podemos esperar? La respuesta a esta pregunta es el objeto del tercer paso (*prognosis*) del estudio del presente volumen. La respuesta tiene una doble vertiente: si no comenzamos a estudiar y defender lo verdaderamente importante y seguimos atrapados en las redes del superego capitalista, correremos el grave riesgo de que todo ese potencial rebelde se vea arrastrado a las cloacas del neofascismo. Žižek llama la atención acerca de las fuerzas revolucionarias que desde las Primaveras Árabes han sacudido el mundo: Ucrania, España, Grecia, movimientos Occupy, populismos en el Norte y Este de Europa, etc. El factor común a todas ellas es la oposición al capitalismo actual (p. 130); el problema, por su parte, consiste en reconducir esa indignación por el camino correcto, es decir, el camino de la revolución capaz de instaurar una

sociedad igualitaria y justa (p. 125). La pregunta que surgirá al lector, llegados a este punto, es cómo llevar a cabo la canalización de esa indignación. La tarea es difícil, pero la única salida que ve Žižek al sistema actual es la clarificación escrupulosa de la Idea de Comunismo, que debe ser ampliada inexorablemente a todos los aspectos vitales (económicos, vida privada, cultura, etc.) y no sólo a lo estrictamente político. Para ello urge al estudio de los antagonismos del capitalismo y su relación con la lucha de clases, de donde podemos extraer conclusiones aplicables a nuestra acción revolucionaria. Por ello estudia el filósofo esloveno con tanto ahínco el cine de Hollywood (en el epílogo), los periódicos, la política internacional (crisis de los refugiados, Ucrania, etc.). La importancia de estos análisis de los acontecimientos concretos es doble. Por un lado, nos ayuda a desenmascarar la lógica de la ideología (que es la del superego) y, de este modo, deslegitimar su propia validez mostrándola como un tigre de papel. Por otra, es el inicio de la revolución, ya que, del pensamiento crítico de la realidad, siempre que nos mantengamos alejados de la lógica del superego, surgirá una Idea de Comunismo libre de las ataduras de la ideología de los Amos. Esa es la semilla de la esperanza revolucionaria, a lo que podemos y debemos aspirar.

En el cuarto apartado, Žižek trata de la *epignosis*, que no es sino un esbozo de las formas subjetivas y organizativas de la lucha revolucionaria (p. 13). Aquí vuelve a retomar la crítica al posmodernismo y al antieurocentrismo (p. 197), complementarias y claves en su obra. Pero en este texto se incluye un matiz importante relacionado con la acción revolucionaria. Žižek reconoce que las ideas de liberación del ser humano pertenecen al acervo del pensamiento ilustrado europeo. Pero no por ello podemos caer en la tentación posmoderna de “las redes rizomáticas pluralizantes” (p. 212), que acarrear la consecuencia del fin del Amo clásico, pero erigen múltiples Amos para cada espacio de nuestra existencia (en nombre de las distintas culturas, de los distintos lenguajes, etc.). La estructura de dominación deja de ser de arriba a abajo, para ser horizontalmente asfixiante. La clave del asunto no es la lucha contra la cultura europea, sino el fin de la explotación. Es cierto que el eurocentrismo ha liquidado culturas casi por completo, pero ya no hay vuelta atrás, y debemos fijar nuestro punto de mira sobre el verdadero enemigo desde el hoy y el ahora. La historia tiene algo de azaroso a lo que la acción revolucionaria debe adaptarse, en lugar de forzarla a sus premisas.

Ahora bien, ¿cuál es entonces la solución? ¿Pasa por la abolición del Amo y así conquistar una libertad absoluta? No exactamente. En parte, sí que es cierto que debemos aspirar a crear un orden social en el que el Amo no sea el que decida en última instancia (aspiración comunista), pero Žižek considera que el psicoanálisis acierta al defender que la figura del Amo es inevitable, ya que el único camino para

la liberación es la transferencia psicoanalítica. Efectivamente, la utilidad del amo, que en nuestra época debería adoptar la forma de una “Thatcher de izquierdas”, sería la de despertarnos del sopor democrático y de la confianza ciega en las instituciones de la democracia representativa (p. 215). En gran medida, la solución reside en que el Amo sólo lo sea nominalmente, para poder de este modo, soltar las cadenas reales con los que la ideología del capitalismo globalizado nos anula (p. 221). Debemos aspirar a decidir por nosotros mismos, pero necesitamos un referente con el que disputar. Precisamente, en el espacio que se genera entre la situación actual y la lucha contra el Amo es donde se debate la posibilidad y los modos de la revolución.

Fiel a su estilo, el filósofo esloveno juega con las ambigüedades de sus tesis y de sus chistes para señalarnos una vía de escape. *Problemas en el paraíso. Del fin de la historia al fin del capitalismo* es un manual para entender a quién y cómo tenemos como señor de este “paraíso” hodierno. De nosotros depende enfrentarnos a lo ambiguo, clama proféticamente Slavoj Žižek, para conseguir un mundo justo y solidario.

ÁLVARO RAMOS COLÁS.

Graduado en Filosofía en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, donde además cursé el Máster de Filosofía Teórica y Práctica. Actualmente realizo en dicha universidad el doctorado en Filosofía bajo la supervisión y dirección del profesor Ramón del Castillo Santos.